Marquines No Llora

Oscar Xiberta Soto

Capítulo 1

«Dejadme en paz. De verdad, olvidadme ya».

Mientras rueda cuesta abajo entre un revoloteo de hojas marrones y húmedas que le escupen y se le pegan a la cara. Mientras las cortezas de los pinos castigan sus huesos y le marcan la piel.

La pendiente es corta, pero tiene la sensación de haber estado dando vueltas toda la vida, y cuando llega abajo, su cabeza sigue girando como en un sueño que no parece terminar nunca.

«Dejadmeenpazdejadmeenpazdejadmeenpaz...»

Capítulo 2

Cuando abre los ojos, la luna se ha movido bastante, y unas nubes de tormenta cubren por franjas casi todo el cielo estrellado como si fueran restos de algodones sucios en el fondo de una papelera.

«No me jorobes que empieza a llover».

Marquines se incorpora con la garganta reseca, el cuerpo magullado, y la vergüenza oprimiéndole el pecho. La lluvia es una manera más que tiene el Universo de reírse de él. Mira al flojo, que no es capaz de defenderse por sí mismo. Vamos a mearle encima.

Pero no, Marquines no llora. Eso ya sería lo último. Sería como decirles a todos esos que se meten con él que tienen razón. Que es un debilucho, que es un cobarde. Sería como decirles a las profesoras que es un pobrecito de esos que exhiben delante de toda la clase bajo su ala protectora. Uno de esos "exentos" que se pasaban las horas de educación física mirando con cara de cachorrito abandonado al resto de los niños lanzar el frisbee, resignados a ser "especiales", a andar con adultos en vez de con niños, y a reemplazar amigos por gente que se compadezca de ellos.

Pero si algo no iba a hacer Marquines, era rendirse.

Sacó del bolsillo del anorak sus gafotas de pasta transparente. —¿Te gustan estas? ¿A que son bonitas?—, había dicho su madre. Como si un niño tuviera gusto en gafas. Pues sí, por qué no. Lo mismo dan unas que otras. Pero sabía que diciendo —Sí, mamá— la hacía feliz.

Resulta que ahora las odiaba. Esas gafas eran una de las excusas para recibir collejas en clase, aunque se le escapaba la razón. ¿Era el color? ¿Era el tamaño? ¿Por qué a otros niños con gafas no les daban collejas, o no se las quitaban para hacerles rabiar?

Niños con gafas riéndose de un niño con gafas del que se burlaban por llevar gafas.

Su madre le iba a matar, éstas también las había roto. No hacía otra cosa que romper gafas y perder paraguas. Oh, mierda. Y encima se había rajado la manga del anorak.

Volvió a meterse las gafas, ahora de dos piezas, en el bolso y comenzó a andar, con los hombros elevados para protegerse el cuello del pinteo de la lluvia, y con el vientre encogido de desprecio hacia sí mismo.

Le esperaba un largo camino de vuelta y ya era prácticamente de noche. El Casio marcaba varias horas más tarde de cuando se suponía que debía estar de vuelta en casa, y ni una llamada. Se la iba a cargar. Sus padres se erguirían ante él como dos torres oscuras con los brazos en jarras lanzándole preguntas a bocajarro para las que en realidad no esperaban ninguna respuesta. ¿Sabes qué hora es? ¿Te haces una idea de lo preocupados que estábamos? ¿Te parece bonito lo que has hecho? ¿Has visto cómo vienes? ¿Qué le decimos ahora a la policía? ¿Eh?

Temía ese momento. Otro episodio de humillación más.

Estaba empapado, rebozado en barro y hojarasca, tenía la nariz y las orejas congeladas, y si se atrevía a bajar los hombros, el frío desagradable de las gotas de lluvia se le colaba furtivamente por el cuello de la camiseta. Hasta que llegara al camino asfaltado, sus zapatillas seguirían chapoteando en charquitos de lodo que no veía venir en la oscuridad. Parecía tener todos los huesos magullados, y la piel le escocía en tantos puntos que no podía identificarlos.

A pesar de lo desagradable que se le estaba haciendo la marcha, no quería que acabara, quería que se alargara cuanto fuera necesario para inventarse una excusa que pudieran tragarse sus padres. No les iba a contar la verdad, no la entenderían. Para ellos todo eso eran "cosas de niños", y las cosas de niños no son importantes. Si otro niño te pega, son "cosas de niños", si se ríe de ti, son "cosas de niños", y si lo hace todos los días con la ayuda de sus amigos, es que "ese niño ha salido atravesado".

Los padres no lo entienden. Todo lo que no tenga que ver con facturas o divorcios no tiene importancia para ellos. Y si la cosa llega a cierto nivel de reincidencia, entonces "van a hablar con alguien". Uuuuhhhh. Como si eso asustara a nadie. Van a hablar con la profesora, o con la mamá del niño atravesado y regresan a casa triunfantes y satisfechos. Ya está, hijo, solucionado.

Cuando lo único que han conseguido es que me saluden al día siguiente con una patada en los huevos.

Marquines cruza la circunvalación con mucho cuidado y entra en la ciudad, apareciendo y desapareciendo debajo del foco anaranjado de las farolas, pensando una historia que inventarse.

"Se me hizo tarde" ya no sirve, la había utilizado tanto que era una agravante por sí misma. "Viti y yo nos perdimos" es todavía peor, les haría entrar en pánico y llamar a los padres de Viti sólo para descubrir que en realidad no había estado con él, lo que haría todavía más explosiva la bronca. Si decía: "Estuve en casa de alguien" entonces... ¿De quién? ¿De alguien cuyos padres no conocen? No. Sería mucho peor. Vamos a ver…

“Me metí al cine y no me preocupé de la hora de salida”. Ya ¿Y todo el barro, las magulladuras, la cazadora rajada, y las gafas rotas?

Era inútil, no había salvación. No había otra alternativa que dejar atrás la lluvia y tragarse la tormenta. Aguantar los gritos y los zarandeos con boca cerrada y orejas gachas.

Como aceptando que tú tienes la culpa de que te peguen y te humillen.

Capítulo 3

Viti ya no se acercaba a él, había aprendido a tiempo que quien permanece al lado del reo corre peligro de compartir su misma suerte. Marquines había pedido a la profesora ir a la última fila, para hundirse en su pupitre y desaparecer sin sentir la mirada de nadie encima de él, pero Raposo y los suyos habían puesto su cara de ignorante angelito, y al final la habían convencido de que lo colocara una fila antes, delante de ellos, porque, "profe, él tiene gafas y no va a ver bien desde la última fila". Y gracias a la "buena voluntad" de Raposo ahora tenía que sufrir su mirada clavada en el cogote a todas horas, sin saber cuándo una de sus mordidas uñas le iba a percutir las orejas, o cuándo iba a usar su cráneo como batería para sus bolis, o cuando le iba a enterrar un chicle en el pelo.

—¡Déjame en paz ya, jobar!

—¡Lorenzana, por favor, no me distraigas a Raposo! para una vez que le tenemos calladito...

Explosión de risas. Pero qué graciosa es la profesora, qué ocurrencias tiene que hace reír a toda la clase.

Lo que no sabe la profesora es que la clase es de risa fácil. Raposo se hace el cegato cuando le quita las gafas a Marquines, y la clase se ríe. Raposo y su pandilla de repetidores le dejan el pelo blanco de tiza con una lluvia de coscorrones de borrador y gritan: "¡Mirad, Marquines se ha hecho viejo!", y la clase se ríe. Raposo le baja los pantalones del chándal en educación física y Marquines se quiere morir de vergüenza y se pasa el resto del día encerrado en uno de los cubículos del servicio para no tener que ver la cara de sus compañeros hasta el día siguiente, ¿Y qué creéis que hace la clase?

Se ríe.

La madre de Marquines se vio obligada a hacer muchas cosas por él. Le remendó las gafas con cinta aislante blanca, como a los perdedores de las pelis, y le planchó el parche de un escudo de aviación con unas alas de ángel para cubrirle el rajón del anorak.

La madre de Marquines también se vio obligada a coserle una cuerda alrededor de la goma del pantalón del chándal para que no pudieran bajárselos de un tirón, y desde entonces estaba condenado a sentir todo el día el pellizco constante de esa cuerda fuertemente atada a su cintura. Volver a casa y palparse la piel irritada era una penitencia necesaria para recordarle lo verdaderamente humillante: que al final era su madre la que

tenía que pelear sus batallas por él.

Hasta los gitanos del barrio parecían percibir que Marquines estaba en el mundo para ser vejado.

—¡Eh, tú! ¿Qué hora es?

—Las cuatro menos diez

—¡Ja ja! ¿Tas seguro payo? Míralo otra vez. Enséñame el reloj

—No, me tengo que ir a casa

La lluvia de patadas y de balonazos que sigue no le duelen a Marquines. Son los ladridos de los perros y las risas. Esas risotadas confiadas de quien sabe que lo que tiene delante no es un enemigo, es un paria, es un mierda, un pasatiempo. Dejadle ir. Que se quede con su reloj, pobrecito, que va a llorar.

Y llega a casa, se encierra en su habitación, y Marquines no llora. Eso es lo último. Antes muerto que aceptar el rol que todo el mundo quiere imponerle.

La clase se ríe. Los niños con gafas se ríen. Los niños gorditos se ríen. Viti se ríe. Pero cada vez que Raposo y sus repetidores le atormentan, las chicas de la clase no se ríen, y miran a los gamberros con cara de asco y reprobación. A veces incluso se encaran con ellos para defender a Marquines. No sabe por qué. Quizá tengan sentido de la justicia, o sean más sensibles. O simplemente no se sienten amenazados por Raposo y su panda. A Marquines pueden hacerle lo que quieran que serán "cosas de niños", pero todo el mundo sabe que, si tocas a una chica, te la cargas. Llamarán a tus padres, a tus tíos, a tus abuelos, al ejército, y te pasarás yendo de despacho en despacho de psicólogos y educadores hasta que descubran cuál es tu problema.

Y de entre todas ellas, Silvia Rasquera.

Rubia, blanquina, con gafas de pasta transparente como él, y un chándal verde manzana que resplandecía en clase de educación física como un unicornio en medio del bosque. Marquines podía reconocer la estela de su olor con los ojos cerrados. Como a limón y crema pastelera. Más de una vez, después de una nueva humillación de Raposo y la subsecuente protesta airada del grupo de las chicas, se había sorprendido intercambiando miradas con Silvia que siempre acababan en sonrisas.

Nunca había cambiado una sola palabra con ella, pero sabía lo que querían decir sus miradas: «Lo que te están haciendo es asqueroso, pero tranquilo, te tengo». Eso era lo único que le hacía falta para curar sus

heridas y seguir adelante. Sólo ella podía hacerle pasar de la absoluta humillación a un paseo por las nubes, en la velocidad que tarda en dibujarse una sonrisa. Y luego su coleta rubia daba media vuelta y se alejaba con sus amigas, dejándole arropado con su perfume.

Y ya podía Raposo y los suyos hacerle lo que quisieran, que nada podía herirle.

Marquines se había acostumbrado a sentirse miserable la mayor parte del tiempo, a no hablar con nadie si no le hablaban a él primero, a pasar los cambios de clase haciéndose pequeñito en su pupitre garabateando superhéroes en las últimas hojas de sus cuadernos. Pero aquel cambio de clase estaba alargándose demasiado. La profe no venía, y los niños comenzaron a levantarse y preguntarse unos a otros qué estaba pasando. Pronto Marquines también levantó la cabeza, extrañado, y se unió al barullo general. Mirando a un lado y a otro, caminando aleatoriamente entre grupitos improvisados como si apartara las ramas de un bosque de fantasía, de pronto, se dio de bruces con Silvia y su sonrisa de hada.

No era consciente de las amigas de Silvia formando un corrillo sonriente detrás de ella, para él eran como ardillas. Marquines y ella ocupaban el centro de un claro de césped dorado, bordeado por las ramas de arbustos multicolores que ambientaban su primer encuentro con un rumor lejano.

No necesitaban hablar, se encontraban a gusto así, comunicándose con la sonrisa. De esta manera ya se habían dicho todo lo que el resto de la gente solía verbalizar al iniciar una conversación. “Hola”, “Qué tal estás”, “Vaya la que se ha montado aquí”, “Me gusta estar contigo”. Todo eso quedó dicho de la manera más cálida. Sin palabras. Pero Marquines quería más. Quería saber más de ella. Y sin pararse a pensar si se atrevía o no se atrevía, abrió la boca, al mismo tiempo que notó un tirón hacia abajo en sus pantalones de chándal.

Silvia se tapó la boca con la mano mientras enarcaba las cejas y contenía el aliento. Pero nada sucedió. La cuerda oculta cosida a los pantalones de Marquines había hecho bien su trabajo. Marquines se giró y vio a Omar, uno de los repetidores de Raposo, incorporarse y retirarse riendo como una comadreja, satisfecho por su pequeño tormento. Daba igual que los pantalones hubieran bajado o no, el mensaje era claro: “No te vamos a dejar en paz”. Pero esta vez Marquines sentía que, por primera vez, había ganado. O lo había hecho su madre por él. Sea como fuere, una nueva idea se estaba fraguando en su alma: era posible defenderse.

Se giró de nuevo hacia Silvia, y sin mediar palabra, los dos se rieron ante el hecho de que ella aún seguía cubriéndose la boca con la mano.

Aquella risa cálida, cómplice, que llenaba el bosque y se expandía hacia los cielos, se ahogó con un grito de chiquilla. Raposo en persona demostró a Omar y a los demás cómo debían hacerse las cosas si querían hacerlas bien, y tiró del pantalón de Marquines con tanta violencia, que, al bajar, el recio y apretado cordón le dejó señaladas las caderas y los muslos con surcos irritados de piel levantada y sangre, arrastrando también con él sus calzoncillos de algodón blanco.

Silvia no se atrevía a mirarle. Había retrocedido y se refugiaba entre sus compañeras. Esta vez ni ella ni ninguna de las chicas salió a censurar a Raposo, que se retorcía de risa junto al resto de la clase, y le señalaba gritando: "¡Mira qué pilila!". La tormenta de carcajadas le ahogaba como una almohada en la cara. "¡Hostia, mira! ¡Si se había atado una cuerda!". Oleada tras oleada de esos aullidos bufones iban descamando los restos resecos de la poca dignidad que le quedaba, y cuando ya no podía caer más bajo, cuando ya no ocupaba ningún espacio ni siquiera en su propio universo, se dio la vuelta y se fue a por Raposo.

Marquines cerraba los puños y se los lanzaba con tanta fuerza que todo su cuerpo se agarrotaba, y lo que llegaba a Raposo no era más que los aleteos de un mono de juguete tocando los platillos.
Pero Marquines quería hacerle daño. Ya no quería defenderse, quería meterle los dedos en los ojos, quería hundirle la nuez, quería patearle las pelotas, quería arrancarle el pendiente de la oreja. Quería que Raposo se tropezara y se abriera la cabeza con el pico de una mesa. Pero era tan inofensivo para Raposo que éste ni siquiera se molestaba en mirarle. Ofreciéndole la espalda y doblado por la mitad, apenas era capaz de respirar debido a las carcajadas.

—¡¡Gilipollas, hijo de puta!! ¡¡Me cago en tu puta madre!! ¡¡Te voy a matar!! ¡¡Hijo de la gran putísima!!

—¡¡Lorenzana!! ¡Qué pasa aquí! ¡Qué son esas palabrotas!

La clase entera respingó y contuvo el aliento cuando la profesora entró por la puerta, menos Raposo, que seguía riéndose, y Marquines, que actuaba como poseído por el mismo espíritu de la rabia.

—¡¡Lorenzana!! ¡¡Deja a Raposo ahora mismo!!

Pero cuando la vida ya no te importa, la autoridad de un profesor significa menos que nada, y la maestra tuvo que llamar al jefe de estudios y al profesor de ciencias para que vinieran a sujetar al amasijo de maldiciones que se sacudía y retorcía entre excesos de saliva, y lo llevaran casi en volandas al despacho del director.

Capítulo 4

Replegado en uno de sus rancios sillones, Marquines evitaba la mirada del director. La densa mezcla de olor a tabaco pegado a la ropa y colonia de caballero irritaba sus fosas nasales y le provocaba arcadas. El director caminaba de un lado para otro haciendo aspavientos y vociferando con el cuello rojo e hinchado, pero Marquines no escuchaba lo que decía. De todas formas, estaba seguro de que no habría nada nuevo. Sorpresa, rabia, decepción, y el castigo. El mismo discurso de siempre. Ya no se molestaba en contestar. Nunca ningún adulto, fuera profesor, padre, madre, o militar del ejército americano, había creído nunca a un niño que dijera "Yo no he tenido la culpa" o, "Empezó él". La mente de los adultos parecía ser impermeable a esas frases. Cuando las oían, ni siquiera pensaban en ellas.

Estaba siempre todo tan claro para ellos.

Marquines dejó que los ladridos del director le siguieran desgastando la autoestima y las miradas de la profesora le clavaran más y más en la piel del sillón. Cuando acabaron con él y le arrastraron del brazo a esperar a sus padres al patio, ni siquiera sabía cuál era el castigo que le habían impuesto. No sabía si estaba expulsado o no. Y no le importaba. En el patio nadie se le acercaba, no creía siquiera que pudieran verle. Tampoco le importaba eso.

—Eh, Pilila.

Raposo y los suyos le tapaban el sol. Sus risitas de comadreja se dejaban oír a cada pausa en el discurso de Raposo.

—Eres un mierda, Pilila.

Lo sabía. No le decía nada nuevo. Por mucho que quisiera negarlo, por mucho que su madre le intentara convencer de que estaba destinado a grandes cosas, todo su ser lo sabía. Era un mierda. Sobraban las pruebas.

—¿Quieres que te dejemos en paz, mierda?

Raposo se sentó a su lado y le cogió del cuello en un gesto que a media distancia podía interpretarse como amistoso, pero en realidad le estaba haciendo daño.

—Vamos a hacer esto, mierda: Si nos demuestras que tienes cojones de verdad, te dejamos en paz —Marquines volvió su mirada hacia Raposo a pesar del dolor del cuello.— Te lo juro. Que se me caiga la polla si

miento.

Las comadrejas gruñeron como gesto de aprobación.

—Qué tengo que hacer.

A Marquines le daba igual si tenía que pegarle una patada en la espinilla al director, escribir palabrotas en la pizarra, contestar groserías a la profesora, o romper una ventana. Después de eso seguiría siendo un mierda igual que ahora, pero al menos todo aquello pararía. Sería un mierda en paz, y podría seguir despreciándose a sí mismo en una tranquila soledad.

—¡Muy bien! ¡Así se hace!

Raposo miró a sus comadrejas con una amplia sonrisa y hubo un barullo de aprobación, seguido de un grave silencio.

—Escucha, mierda: si quieres que te dejemos en paz, esta noche…— Risitas y miraditas entre las alimañas— …esta noche tendrás que hablar con el niño de Las Lomas.

Capítulo 5

El niño de las Lomas. Marquines se esperaba cualquier cosa menos eso.

Una historia de miedo que nadie se creía oficialmente. Aun así, todos los padres insistían a sus hijos en no andar cerca de Las Lomas a sol metido. Era sólo en la oscuridad cuando se le había visto. La chica de la curva, versión local. Pero una cosa era cierta, y era lo que en parte más temían los adultos: un niño había muerto allí. Lo habían encontrado días después en la parte baja de la colina completamente reventado por dentro. Atropellado, según los diarios, aunque de alguna manera nadie se lo acababa de creer del todo.

A partir de la muerte de ese chaval, se empezó a extender el rumor en colegios e institutos de que un niño se aparecía ciertas noches en una determinada curva de Las Lomas. Luego empezó a correr la voz de que el niño se aparecía sólo por unos instantes únicamente para ser atropellado de nuevo. La cosa creció y creció, y ahora se aseguraba que durante el corto tiempo que el niño aparecía podía responderte cualquier pregunta sobre tu futuro mirándote a los ojos, pero que, si en el momento de ser atropellado, aún le seguías sosteniendo la mirada, en una semana te reventaba algún órgano interno.

Rubén, de Las Anejas, dijo en el recreo que había visto al niño de Las Lomas, y a la semana siguiente faltó a clase por un ataque de apendicitis. En el colegio de Marquines la historia de Rubén fue la comidilla de los pasillos durante un mes.

Pero eso era lo normal. Los chicos se inventan historias todo el tiempo y se las creen hasta el punto en el que les mantienen entretenidos. La diferencia en este caso la marcaron el goteo intermitente pero constante de llamadas a la policía por parte de conductores visiblemente alterados que sostenían haber atropellado a alguien, probablemente un niño o una niña, al pasar por las cerradas en intrincadas curvas de Las Lomas recién caída la noche. En todos y cada uno de los casos, los autodenunciados afirmaban haber visto al individuo que habían atropellado salir despedido y precipitarse colina abajo, pero en ninguno de los casos la policía pudo encontrar un cuerpo, sin importar cuan largo y exhaustivo fuera el registro del terreno.

Con el paso del tiempo, la policía había decidido poner un filtro a todos estos avisos, considerándolos una broma local recurrente, y había dejado de investigarlos.

Por todo ello, la leyenda urbana del niño de Las Lomas, aunque había perdido el impacto propio de la actualidad, seguía manteniéndose vigente con periódicos avistamientos y con una moraleja muy clara que los

padres se esforzaban en inculcar férreamente a sus hijos.

Y Marquines, ahora mismo y contra todo instinto de conservación, estaba decidido a burlar la protección de sus padres. Era la única manera de hacer que todo ese sufrimiento terminara, esa constante persecución sin un solo día de respiro, esa necesidad de tener mil ojos, de desaparecer, de aparentar normalidad, de fingir que tenía amigos, cuando ni los tenía, ni los quería ¿Para qué? ¿Para tener más gente que le mirara con lástima? ¿Para terminar haciéndose adicto a la pena y la compasión? Jamás. Antes mentiría a sus padres, antes hablaría con el niño de Las Lomas o con cualquier cadáver putrefacto que le pusieran por delante.

Había dicho a sus padres que se iba a jugar a casa de Viti, pero en realidad había estado vagabundeando por calles anónimas hasta llegar al parque de La Granja, y ahí había esperado sentado en un banco semioculto entre los setos, garabateando con un palo en el suelo sin pensar mucho en lo que hacía. El sol se metía y tenía que ir al encuentro de Raposo y sus comadrejas, que le habían dicho que le estarían esperando ya al otro lado del río.

Cuando sus padres se empezaran a preocupar porque se hacía tarde y no contestaba al teléfono, llamarían a los padres de Viti y descubrirían la mentira. Pero para entonces ya no habría manera de parar aquello. Cuando volviera, afrontaría el castigo, los gritos, los azotes, las humillaciones, y todo lo que quisieran hacerle. Pero lo haría con esperanza, porque a partir de esa noche por fin sería libre.

Marquines cruzó el puente de madera en una casi completa oscuridad, haciendo resonar los tablones. Un poco más allá,
una discreta aglomeración de puntitos naranjas, como luciérnagas suspendidas en el aire, delataba la posición de un pequeño corrillo de fumadores. Una de las luciérnagas voló en dirección a Marquines.

—¡Hombre! ¡El héroe!

Las comadrejas apoyaron a su líder con sus risitas envenenadas.

—Ya creíamos que te habías rajado, Pilila.

Marquines no contestaba. Mientras Raposo le masajeaba los hombros y el resto de la panda le envolvía en una nube de humo de tabaco, él solamente podía pensar en el mañana. Esta noche podía aguantar cualquier vejación que se les ocurriera, la promesa de la libertad le daba fuerzas, y le infundía una férrea determinación.

—¿Dónde tengo que ir?

Raposo se detuvo un instante. Era la primera vez que ese mierda le miraba directamente a los ojos. Notó cómo una arcada de ira se formaba en sus tripas y ascendía dentro de él, pero se recompuso, no quería que una paliza impulsiva le estropeara la diversión que tenían preparada.

—Ven por aquí.

Raposo volvió a cogerle del cuello de esa manera que le hacía guiñar un ojo de dolor.

Empezaron a remontar el meandro de asfalto cuesta arriba hasta que la luz de las escasas y débiles farolas del puente dejó de mostrarles el camino. Una de las comadrejas encendió una linterna, y continuaron ascendiendo en relativo silencio.

Llegados a cierto punto, los chavales detuvieron la marcha. —Es la siguiente curva— dijo uno de ellos, y todos interrogaron a Raposo con la mirada. El tripitidor, sin soltar nunca a Marquines del cuello, siguió haciendo avanzar a la comitiva por esa última recta hasta quedar a una distancia prudencial de la curva maldita.

—Te diré lo que vamos a hacer, mierda. Si tienes cojones para ir tú solo a esa curva, esperar a que aparezca el niño, y preguntarle…— Raposo se vio obligado a parar y dejar salir una risa que no podía contener— … y preguntarle a qué años vas a perder la virginidad…— la pandilla amortiguó como pudo la carcajada, golpeándose unos a otros. —Si haces eso, te dejaremos en paz.

Cuando la chanza se hubo calmado, Marquines miró fijamente a Raposo.

—¿Me lo juras?

El calor volvió a subir a las orejas de Raposo, y su mano libre se cerró en un puño de nudillos amarillentos. Si le daba a ese mierda la hostia que se merecía por esa nueva impertinencia, jamás podría hacerle la que le tenía preparada. Tan sólo el aroma a tortura y a humillación que le prometía el futuro le contenía de partirle la boca a ese mocoso.

—Te lo juro por mi madre. —La mandíbula apretada de Raposo otorgaba una fuerza engañosa a su juramento— Ahora vete hacia la curva de una puta vez, espera a que aparezca el niño, y pregúntale lo que te he dicho. Si tienes huevos de hacer eso y volver para decirnos la respuesta, reconoceremos que los tienes cuadrados y te dejaremos en paz para siempre. —Uno de los repetidores encendió otra linterna más pequeña y se la dio a Marquines con fingido respeto— Nosotros te estaremos vigilando desde aquí.

No había más que decir, la tarea estaba clara, y sin embargo los pies de Marquines avanzaban hacia la curva sin decisión, como si una cuerda tirara de él para que no pudiera completar su reto. Con los ojos y la linterna fijos en la curva maldita, poniendo un pie delante de otro con cautela, la distancia no parecía hacerse más corta a medida que caminaba. Sus oídos amplificaban un paisaje sonoro de grillos, aves nocturnas, ranas, interrumpido a ratos por el susurro del movimiento de la gravilla bajo sus deportivas, su respiración, y las risitas y cuchicheos a su espalda.

Estaba decidido a hacerlo, sobre eso no había duda, pero su mente no estaba preparada para tener un encuentro con un espíritu. ¿Cómo se le aparecería? ¿Súbitamente ante su linterna? ¿Susurrándole al oído una cantinela ronca y horrible? ¿Le tocaría el hombro? ¿Se mostraría podrido y descompuesto, sin ojos, y con los intestinos reventados asomándose por una boca de dientes verdes y escasos? Una fina escarcha de sudor frío cubría su frente y coronaba su labio superior. De entre todos los testimonios recogidos, ninguno detallaba cómo era el momento de la aparición. Quizá era eso, quizá es que todos eran falsos.

A pesar de todo, Marquines tenía dos cosas claras: que iba a hacerlo, y que no iba a preguntar al niño de Las Lomas lo que le Raposo le había ordenado.

La pregunta que Raposo había elegido era otra excusa más para reírse de él, y no tenía valor alguno. Cuando el fantasma de aquella curva se le apareciera, lo que le preguntaría sin perder un segundo, sería si de verdad Raposo y los suyos le dejarán en paz, y fuera cual fuera su respuesta, apartaría sus ojos de él de inmediato.

No deseaba terminar en un hospital como Rubén de Las Anejas. O mucho peor.

Raposo no quitaba ojo al mequetrefe, con su kiki de niño bueno, guardándose sus asquerosas gafas de pasta en el bolso del anorak, cagado de miedo. Se merecía todo lo que le viniera encima. Su corazón bombeaba con ansias de aplastar a ese imbécil una vez más. Estaba seguro de que después de esa noche aquel mierda no volvería a pisar las baldosas del colegio en mucho tiempo. Pero no debía precipitarse o todo se iría al carajo. Debía dejarle en la curva esperando por el supuesto fantasma el tiempo necesario para que comprendiera que algo no había salido bien. Luego él y su pandilla le alcanzarían y le mostrarían lo decepcionados que estaban por lo mal que lo había hecho. Por ser demasiado mierda y tener demasiado miedo el niño no habría aparecido, así que tendrían que darle un castigo que nunca olvidaría.

Entonces le desnudarían completamente y le dejarían solo. Que volviera a

su casa si quería, pero tendría que ser cruzando la ciudad en pelotas.

El mierda había llegado a la curva y apuntaba con la linterna a un lado y a otro, intentando adivinar por dónde le iba a saltar la sorpresa. La respiración de Raposo se aceleró anticipando el momento.

Capítulo 6

Marquines cambiaba el foco de su linterna por espasmo. Cualquier crujido, susurro, o rumor le hacía girarse para contemplar el follaje de la colina, encerrado en un óvalo de luz, y mecido pacíficamente por la corriente de la noche ¿Cuándo iba a aparecer ese niño? Empezaba a sentir que algo no iba bien ¿Y si era un espíritu maligno y quería hacerle daño? ¿Y si lo único que quería era reventar los órganos de todos los niños que se encontrara como venganza por lo que le había sucedido a él? Ahora ya era demasiado tarde para echarse atrás, y si salía huyendo, Raposo y los suyos le darían caza y las consecuencias serían dolorosas y terribles.

Tan sólo quedaba huir hacia adelante. Algo en sus tripas parecía querer avisarle. Era como una sensación de ingravidez. Había visto en la tele casos en los que la gente normal predecía sucesos terribles que estaban a punto de ocurrir, como si, impulsada por una experiencia extrema, nuestra conciencia fuera capaz de adelantarse unos minutos en el futuro y sentir lo que está por llegar. Lo justo para hacerte dudar antes de cruzar una calle, o incluso provocarte una pequeña enfermedad que te impidiera coger determinado avión.

Se preguntaba qué querría decir lo que estaba experimentando en ese momento. Sintió como si una nube negra embotara su mente con una suciedad que afectaba ligeramente a su visión y a su oído. Su respiración se volvió opresiva. Movía el pecho con ansiedad, pero no era consciente de que el aire entrara o saliera de él. Giraba aleatoriamente enfocando con su linterna, pero tenía la sensación de que sus pies no tocaban el suelo.

En su interior iba tomando forma la imagen de algo, algo que temía ver, pero que aún no reconocía. Su mente iba recopilando piezas mientras miraba, sin verla, a la maleza.

Entonces oyó ese ruido a su espalda. La gravilla del camino crujió bajo unas deportivas que no eran las suyas.

Se dio la vuelta muy poco a poco. Tenía que enfrentarlo, fuera lo que fuese, pero no quería verlo. Sus párpados, tensos por el miedo, le dejaban tan sólo un hilillo de visión, y a medida que su cuerpo giraba, el cuello se le contraía, como cuando esperas un grito o una bofetada. Esperaba encontrarse con un cadáver de ojos acuosos rugiéndole a la cara, pero lo que vio fue muy distinto.

Un niño pelirrojo y con pecas le enfocaba con otra linterna. Parecía aún más asustado que el propio Marquines. Jadeos entrecortados de incredulidad salían expelidos de una boca que no era capaz de cerrar. Unas voces de niña que salían de algún lugar indeterminado entre

los pinos detrás del quitamiedos le sacaron de su colapso.

—¡Vamos!

—¡Hazlo ahora!

El niño pelirrojo movió los ojos y tragó saliva.

—¿Se…? —Volvió a hacerlo para aclararse la voz— ¿Seré… rico cuando sea mayor?

La pregunta fue la última pieza que se encajó con un golpe seco, como el último de los azulejos de un baño, y Marquines recordó.

Recordó a Raposo y su panda de comadrejas, de los que no había ni rastro en esa carretera, recordó a Silvia mirando asustada su desnudez en clase, recordó que jamás volvió a atreverse a compartir una mirada con él, recordó a su madre cosiéndole la cuerda a los pantalones. Recordó el aguijón de esa cuerda en el fondo de su alma.

Recordó todo como si hubiera pasado esa misma tarde y también como si hubiera pasado hacía diez años. Aquellos recuerdos giraban y giraban dentro de un tremendo caos que albergaba dentro de sí como un tornado arrastrando suciedad y vomitándola a los cielos. Lo veía y lo sentía todo, collejas, patadas, palizas, vergüenza, tristeza, desesperación. Veía a su madre llorando, a su padre con la mirada oscura y vacía, al director y la profesora graves y pensativos. Podía ver a Viti avergonzado, escondiéndose del mundo y de sí mismo, a la clase entera confundida, incluidas las comadrejas, sin respuestas, sin ni siquiera las preguntas, y Silvia en shock, atormentada por una culpa que no le correspondía.

Lo sabía todo, lo comprendía todo. Sabía lo que había pasado de verdad y lo que había sido pura escenografía.

El niño pelirrojo seguía temblando, esperando su respuesta, ante aquella imagen translúcida que tenía delante, como la de un dibujo hecho de electricidad, y que ahora parecía retroceder confuso. Marquines se tocó el brazo y no percibió ningún parche bordado a su anorak. Luego extrajo algo del bolsillo y lo examinó. Unas gafas de pasta transparente, en perfectas condiciones, sin cinta aislante que remendara ninguna rotura. ¿Qué había sucedido?

O, más importante aún ¿Qué no había sucedido?

Esas gafas se lo traían de vuelta, a Raposo, a la persona que había convertido ese simple pedazo de plástico en el símbolo de su desgracia. Podía sentirle, en su desordenada habitación de muebles apestando a tabaco, mirando hacia otro lado, construyendo mundos sin

responsabilidades ni conciencia. Realidades alternativas donde los espejos no te sostenían la mirada.

De repente, un coche pareció salir de la nada y golpeó, si puede decirse así, el éter de Marquines con fuerza, despidiendo su ingrávida figura más allá de la barra quitamiedos. El conductor, sin saber cómo reaccionar, derrapó y clavó su vehículo en el medio de la carretera. ¿De dónde había salido ese niño? Podría jurar que antes no estaba ahí. Salió del coche con las rodillas temblando y vio al pelirrojo y las dos niñas que tenían la mirada fija en la pendiente boscosa que descendía desde la curva.

—Chavales… ¿Estáis bien? Qui… ¿Quién era ese chico? ¿Es amigo vuestro?

Los niños le miraron y emprendieron la huida, sin saber muy bien de qué estaban huyendo. El hombre introdujo su mano sudorosa en el bolsillo y extrajo el móvil. La policía tendría que aguantar esa noche otra de esas bromas pesadas tan absurdas que faltaban al respeto a toda su labor de dedicación al ciudadano.

Mientras tanto, o quizá años antes que eso, o años después, porque todo tiempo parecía el mismo, Marquines volvía a sentir el vértigo de la caída y la agonía de su interior reventando a varios niveles. Raposo y sus comadrejas le observaban asomados por el quitamiedos. Sangre azul eléctrica se vertía por todos los orificios de su cabeza. A cada voltereta, hemorragias de ectoplasma fosforescente iban irrigando el terreno fértil entre restos de sus vísceras brillantes y sus huesos rotos. La mandíbula astillada y desdentada se le desencajaba en una mueca de eterna incredulidad. Raposo y su panda de riegracias le esperarían mañana en clase para seguir alimentándose de su miseria, pero ya nunca más se presentaría.

«Dejadme en paz. De verdad, olvidadme ya».

Mientras rueda cuesta abajo entre un revoloteo de hojas marrones y húmedas que le escupen y se le pegan a la cara. Mientras las cortezas de los pinos castigan sus huesos y le marcan la piel.

La pendiente es corta, pero tiene la sensación de haber estado dando vueltas toda la vida, y cuando llega abajo, su cabeza sigue girando como en un sueño que no parece terminar nunca.

«Dejadmeenpazdejadmeenpazdejadmeenpaz...»

Fin